

# Galdós ante el Sexenio democrático

Raquel SÁNCHEZ GARCÍA  
Universidad Complutense de Madrid  
raquelsg@ghis.ucm.es

Historia y literatura se combinan en la obra de Galdós para configurar un esquema ficticio y a vez verosímil sobre los acontecimientos recientes de la historia de España. Sus representaciones sobre el pasado más inmediato ayudaron a definir la memoria de generaciones posteriores en una suerte de recreación filtrada por el tamiz de la nostalgia, la ironía y la crítica. Sin embargo, tales representaciones responden a un juego de impresiones que, procedentes de la realidad, se remodelan a la luz de la propia experiencia personal. La trayectoria vital del escritor canario nos ofrece una doble mirada sobre la que analizar sus interpretaciones de un periodo como fue el Sexenio democrático. Por una parte, contamos con la mirada analítica y valorativa elaborada en el momento de los hechos, y que se plasmó en una serie de artículos periodísticos que captarían la impresión inmediata y que nos revelan a un Galdós implicado en la defensa de un proyecto político concreto. Por otro lado, Galdós nos dejó la mirada ficcional que se encuentra en sus *Episodios nacionales* de la quinta serie y que nos presentan el Sexenio bajo el prisma de la decepción restauracionista y de la modificación de sus planteamientos ideológicos.

## 1. Galdós periodista

Galdós tuvo conocimiento de la revolución de 1868 a su regreso de un viaje a París con su familia<sup>1</sup>. Su primera reacción fue dirigirse rápidamente a Madrid para situarse en el principal escenario de los hechos y tomar buena nota de ellos. Por aquella época, Galdós llevaba ya varios años en Madrid que, si bien habían resultado bastante improductivos para sus estudios de derecho, le habían permitido introducirse en el mundo del periodismo y dar a conocer su firma. Colaboraba ya en el periódico fundado por Pascual Madoz en 1864 que llevaba por título *La Nación*, así como en el femenino *La Guirnalda* y en el científico *Revista del Movimiento Intelectual de Europa* y en periódicos políticos como *Las Cortes*, *La Ilustración de Madrid* y *Las Novedades*. En el periodo entre 1868 y 1873 trabajaría en *La Revista de España* y en *El Debate*, ambos vinculados a José Luis Albareda, que en estos años iba a ser el jefe del joven escritor canario, jefe en el sentido laboral y jefe, en cierto modo, en el sen-

---

<sup>1</sup> Las biografías más detalladas de Galdós son las de BERKOWITZ, H.C.: *Pérez Galdós. Spanish Liberal Crusader*, Madison, University of Wisconsin Press, 1948; ORTIZ ARMENGOL, Pedro: *Vida de Galdós*, Barcelona, Crítica, 1995.

tido ideológico. Albareda, experimentado político andaluz, había estado relacionado con los moderados hasta que, viendo el escaso margen de maniobra que le permitía este partido, decidió pasarse al unionismo de O'Donnell, que prometía nuevos aires al cada vez más degradado régimen isabelino. Durante el periodo revolucionario, Albareda fue uno de los más entusiastas seguidores de Prim y sostuvo desde sus publicaciones periódicas al nuevo rey Amadeo de Saboya, de quien sería un fuerte puntal a la muerte del conde de Reus. Tras un breve exilio durante la Primera República, retornó a España y desempeñó puestos de importancia en la Restauración, llegando incluso a ser ministro de Fomento (1881) y de Gobernación (1887)<sup>2</sup>.

En las publicaciones de Albareda, Galdós defendió con ardor los intereses del partido conservador que apoyaba a Prim y a Amadeo. Algunos especialistas en su obra han señalado que únicamente lo hacía por razones profesionales, pero lo cierto es que, si se cotejan sus artículos de esta época con los publicados en el periódico *La Nación*, puede observarse una clara línea de continuidad entre lo mantenido en unas y otras publicaciones<sup>3</sup>. Sus análisis sobre el Sexenio tienen el interés de que nos muestran a un Galdós conservador, muy diferente del Galdós republicano que entrará en el siglo XX. En esta época el autor canario ha volcado sus dotes periodísticas en defender un modelo político que poco después se proyectará claramente en sus primeras novelas históricas, tanto en las dos primeras series de los *Episodios* como en las dos novelas anteriores a estos: *La Fontana de Oro* (1870) y *El audaz. Historia de un radical de antaño* (1871). La interpretación de los acontecimientos políticos del Sexenio defendida en estos años es radicalmente distinta a la que Galdós sostendrá después en la última serie de los *Episodios nacionales* (que empezará a aparecer en 1908) y que ya es perceptible en los últimos libros de la cuarta serie, como *Prim* (1906) y *La de los tristes destinos* (1907). La razón de esta transformación ideológica ocupará las páginas que siguen.

## 2. Fin del régimen isabelino

Aun manteniendo un talante conservador, Galdós consideraba que España necesitaba una regeneración completa; opinaba que nuestro país habría de pasar por revitalizar aquella fuerza que le condujo a principios del siglo XIX a darse una constitución y a luchar contra un enemigo extranjero. En un artículo para *La Nación* reflejaba la importancia del momento “fundacional” de la libertad en España:

Era todo un pueblo que se sentía grande, que acababa de dar la más levantada prueba de su esfuerzo, recabando el patrio hogar de entre las garras de legiones numerosas e

<sup>2</sup> Sobre la relación entre Albareda y Galdós, véase: DENDLE, Brian J.: “Albareda, Galdós and the Revista de España (1868-1873)”, en LIDA, Clara y ZAVALA, Iris (Eds.): *La revolución de 1868. Historia, pensamiento y literatura*, Nueva York, Las Américas Publishing Company, 1970, pp. 362-377.

<sup>3</sup> Galdós se mostrará, incluso, defensor de los intereses de los colonos cubanos cuando estalle la guerra. En esta posición política hay que buscar tanto razones económicas (el capital cubano que financiaba las publicaciones de Albareda) como familiares (los dos hermanos del escritor que se hallaban en la isla, militar uno y político el otro).

invencibles hasta entonces; constituyéndose al mismo tiempo bajo una legislación política tan sabia y tan recta que dejó asombrados a los pueblos más inteligentes de Europa, y mereció ser adoptada para sí por naciones extranjeras. Era un pueblo que daba estas relevantes pruebas de su virtud, de su saber y de su heroísmo, abandonado a sí solo, huérfano de toda dirección, recién salido de la tutela de una tiranía abyecta, rodeada de camarillas inmundas; cuando su mismo rey la dejaba a merced de sus poderosos enemigos y en vez de combatir a su frente, doblaba la rodilla ante el ídolo de la fortuna, le colmaba de adulaciones y le ofrecía reconocimiento y admiración entre sórdidas demandas de dinero y de voluptuosos placeres<sup>4</sup>.

Sin embargo, tan halagüeñas esperanzas se vieron frustradas por la progresiva separación entre ese pueblo vigoroso, que va a ir entrando en un estado letárgico, y los dirigentes del país (gobernantes y casa real), que permanecen separados “del sentir de la Nación”. La guía de esa metamorfosis, pues, no puede venir ni de los políticos isabelinos ni de la familia reinante. Ha de ser una metamorfosis nacional, en el sentido de que nuevamente corresponde al pueblo poner en marcha el proceso de cambio. De ahí que, cuando estalle la revolución del 68, salude con agrado su carácter popular y no violento. Hay que tener en cuenta que, en estos momentos, cuando Galdós habla de pueblo, está haciendo referencia a la generalidad de la sociedad que vive y trabaja cotidianamente y cuyo estandarte más ilustre es la clase media, como se verá más adelante. Para Galdós, la familia real se había convertido en un trasunto de la podredumbre de la España caduca. En un muy duro artículo también publicado en *La Nación* los retrata esperpénticamente y parece advertirles de su próximo fin:

¿Pero no comprendéis, imbéciles, la calma que os rodea? En las miradas, al parecer indiferentes, de la multitud, ¿no conocéis lo que hay dentro?, ¿ese proyecto tremendo que se elabora en todas las cabezas?<sup>5</sup>

Galdós saludó muy efusivamente la revolución de 1868 porque en ella veía la oportunidad de llevar adelante el gran proyecto liberal que construiría en España una sociedad de clases medias, sostenedoras del régimen, y no pacientes sufridoras del mismo; que sería capaz de lograr la tan ansiada estabilidad política mediante el turno de los partidos, en un adelanto de la Restauración; que implantaría la libertad en materia educativa y religiosa; que propugnaría el librecomercio. Este programa político, como se ha dicho, había sido en gran medida elaborado por Albareda, y respondía a su admiración por el sistema político inglés que el andaluz quería trasplantar a España. Sin embargo, el contexto político en el que habrían de desarrollarse estas ideas sería tremendamente complejo por la interacción de otras fuerzas políticas, algunas con proyectos claramente discrepantes (internacionalistas y carlistas), otras con graves complicaciones internas y problemas de identidad (progresistas y republicanos) y, en líneas generales, en una dinámica

<sup>4</sup> “El día 19 de marzo de 1812”, *La Nación*, 19-III-1865. Los artículos de Galdós en este periódico han sido recopilados por SHOEMAKER, W.H.: *Los artículos de Galdós en La Nación*, Madrid, Ínsula, 1972

<sup>5</sup> “Recuerdos de una fiesta”, *La Nación*, 13-X-1868.

política de creciente radicalización e inestabilidad. Desde las publicaciones ya mencionadas, nuestro autor se lanzará al análisis de los problemas más acuciantes con los que se hubo de enfrentar al gobierno del general Serrano en los primeros momentos del reinado de Amadeo.

### 3. Las amenazas al liberalismo

De entre las opciones políticas que se perfilaban en los inicios de los años setenta, los internacionalistas empezaban a destacar de forma importante. Si bien, como escribirá Galdós, “el mal no presenta aún entre nosotros los caracteres de gravedad que se observan en los países esencialmente fabriles”, las organizaciones obreras podrían suponer un peligro para la estabilidad del programa político liberal que propugnaba en aquella época. El estallido de la Comuna de París supuso para el escritor canario, como para tantos otros, un aviso de lo que podría avvicinarse si no se actuaba con rapidez. Galdós había mostrado su preocupación por el problema social desde los artículos que escribió en *La Nación* a propósito de la crisis de 1866. Sin embargo, sus propuestas para paliar las pésimas condiciones de vida de obreros y campesinos pasaban por las recetas clásicas del liberalismo: cambiar las formas de propiedad en Andalucía para erradicar el sustrato que alimentaba el radicalismo federalista y establecer formas de inserción y progreso para el obrero en el seno de la sociedad burguesa. Desde el punto de vista del Galdós que escribe en estos años, la amenaza de los internacionalistas estribaba en su capacidad para manipular a un colectivo social ignorante y deseoso de soluciones expeditivas y a menudo utópicas:

El programa comunista tiene sobre todos los demás programas políticos la ventaja de que no se necesita discurrir para penetrarse de su sentido y objeto. Obra de la fuerza, encuentra un apoyo formidable en la ignorancia, y para negar la propiedad, la familia, el capital, el Estado, no se necesita gran dosis de erudición<sup>6</sup>.

El control de estas fuerzas “antisistema” es fundamental para el orden social y requiere la cooperación de todas las fuerzas políticas comprometidas en el sostenimiento del liberalismo. “Tranquilizar a esa parte numerosísima de la sociedad, gentes que aborrecen la política si junta con la libertad no les da la tranquilidad”, esa es la clave que sostiene el argumento galdosiano. Ahí se halla una de las razones por las cuales lanzará duras críticas a los republicanos y a progresistas radicales como Ruiz Zorrilla, que manifestaron simpatías por los sucesos parisinos y coquetearon con los federalistas españoles a la búsqueda de nuevos caladeros políticos.

El otro gran peligro para el proyecto liberal lo constituían los grupos católicos extremistas, entre los que incluye a los neocatólicos y sobre todo a los carlistas. Los

---

<sup>6</sup> “Revista política. Interior”, *Revista de España*, tomo XX, 13-V-1871. Los artículos de Galdós en esta publicación han sido editados por DENDLE, Brian J. y SCHRAIBMAN, Joseph: *Los artículos políticos en la Revista de España, 1871-1872*, Lexington, Dendle y Schraibman, 1982.

primeros ya fueron objeto de sus sátiras en *La Nación*, ya que en ellos creía ver Galdós uno de los elementos disolventes del régimen constitucional por su apego al uso de subterfugios que poco tienen que ver con la limpieza de la política realizada en el ámbito de discusión pública por excelencia: el parlamento. Sus palabras hablan por sí mismas:

Presentarse en la tribuna, hablar, defender una doctrina, resistir los ataques contrarios, eso es una sanción elocuente de la institución parlamentaria, eso es impío, francmasónico, anticatólico. El partido neo es socarrón, solapado, hipócrita, amigo de las tinieblas, amigo de los rincones<sup>7</sup>.

Por lo que respecta a los carlistas, Galdós contemplará cómo en los años del Sexenio, ante la expectativa de instaurar un nuevo rey, el partido carlista empiece a dejarse ver cada vez con más claridad en la vida política española. Describiendo su programa, dirá:

El fanatismo religioso ha sido un poderoso cómplice esta vez, como hace 35 años, del pretendiente aventurero, y el ideal que en primer término ve la multitud que le apoya, no es un sistema político distinto del actual, sino una transformación de índole político-eclésiástica que ponga al Estado y los derechos del individuo bajo la protección tutelar de la autoridad religiosa...<sup>8</sup>

Los carlistas se presentaron a las elecciones de 1871 para las primeras cortes amadeístas en alianza con los republicanos, hecho que Galdós denostó desde las páginas de la prensa como producto de una unión antinatural que demostraba el proyecto disolvente e irresponsable de ambas fuerzas políticas. En estos artículos, al igual que había hecho en sus novelas *La Fontana de Oro* y *El audaz*, el periodista parece advertir la instrumentalización de la apertura política que estaban llevando a cabo grupos de interés cuyo principal objetivo era la destrucción del régimen que había favorecido tal apertura<sup>9</sup>. Ante esta tesitura, Galdós apelaba a la unidad de los dos principales partidos políticos: los conservadores (seguidores de la estrategia del ya fallecido Prim) y los progresistas, los cuales se hallaban con grandes dificultades internas ante la bicefalia del partido entre Sagasta y Ruiz Zorrilla<sup>10</sup>.

Poco a poco irá Galdós desencantándose del éxito de las aspiraciones liberales que se había comprometido a defender desde la prensa. Tomará conciencia de los impedimentos de toda índole que se oponían a la puesta en funcionamiento del programa liberal diseñado en las esferas conservadoras y empezará a hablar de los personalismos, los egoísmos y vanidades de la clase política española. Incluso, y aquí ya estaríamos recogiendo palabras de su jefe Albareda, llegarán a aparecer en las

<sup>7</sup> "Revista de Madrid", *La Nación*, 10- XII-1865.

<sup>8</sup> "Revista política. Interior", *Revista de España*, tomo XX, 13-V-1871.

<sup>9</sup> ESTÉBANEZ CALDERÓN, Demetrio: "Evolución política de Galdós y su repercusión en la obra literaria", *Anales Galdosianos*, XVII (1982), p. 14.

<sup>10</sup> VILCHES GARCÍA, Jorge: *El partido progresista en la revolución liberal española*, Madrid, Alianza, 2001.

páginas de la *Revista de España* sospechas acerca de la capacidad de España para vivir en un régimen político transparente, estable y de carácter liberal.

Con la proclamación de la Primera República y los acontecimientos que la siguieron, la desconfianza de Galdós se incrementó considerablemente. Meses antes, escribía acerca de ella de esta forma:

Dadas las condiciones de nuestras costumbres públicas, teniendo en cuenta que la república, institución que hace de la ley una religión, no sea otra cosa que un nombre vano para los que siempre han sido ateos de la ley; considerando la sorda invasión que las ideas socialistas hacen en el terreno del federalismo individualista, se adquiere el triste convencimiento de que la república que había de traernos la coalición no sería otra cosa que una bochornosa saturnal de algunos días, pocos, pero bastantes para conmovier hondamente la sociedad<sup>11</sup>.

Años después, habiéndose convertido ya en republicano, la mirada que lanzará Galdós sobre estos años que vivió en primera línea será otra muy distinta. Entrarán aquí en juego muy diversos factores, entre ellos lo que él mismo llamaría “tiempos bobos” de la Restauración, su propia evolución ideológica, más preocupada ahora por aspectos que antes había dejado de lado o había considerado secundarios, como el problema social, e incluso el fracaso del sistema político que defendió en su juventud, el cual, con salvedades de consideración (en especial las relativas a las libertades, lo que no es poco), había sido puesto en marcha durante los años restauradores.

#### 4. Un nueva mirada sobre los acontecimientos

Cuando, en los inicios del siglo XX, Galdós se acerque de nuevo a los acontecimientos de 1868, su visión de los mismos habrá variado considerablemente. En esta ocasión su interpretación se guiará por los caminos de la ficción a través de la quinta serie de los *Episodios nacionales*. Historia-ficción, recordada más de veinticinco años después, valorada desde otros parámetros ideológicos y en una situación personal de deterioro físico<sup>12</sup>. Una interpretación que, además, se va a encauzar por otros cauces estéticos que ya no son los del realismo y del naturalismo y que poco a poco empiezan a incorporar elementos de tipo fantástico y casi onírico (Mariclfo) que, en cierto modo, sirven al autor para manifestar su desconcierto ante unos sucesos que difícilmente encajan en su optimista visión juvenil del proyecto político liberal. En definitiva, nos encontraremos ahora con un Galdós pesimista, muy recluso de la capacidad de la sociedad española para dotarse de mecanismos de gobierno que la hagan asimilable a los países de su entorno. Los episodios de la quinta serie se fueron escribiendo entre 1907 (*España sin rey*) y 1912 (*Cánovas*). En 1907

<sup>11</sup> “Revista política. Interior”, *Revista de España*, tomo XXV, 13-III-1872.

<sup>12</sup> SUÁREZ CORTINA ha analizado en detalle las reflexiones de Galdós al respecto en su reciente libro: *La sombra del pasado. Novela e historia en Galdós, Unamuno y Valle-Inclán*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006.

Galdós ya se había vinculado políticamente al republicanismo, única opción con capacidad de romper la deriva reaccionaria y adormecedora de la Restauración y ahí concentrará sus únicas esperanzas de regeneración nacional, previo paso por una reformulación de sus planteamientos anteriores acerca de la república y su capacidad de transformación social. Para ello hubo de hacer crítica profunda de su propia trayectoria y reconocer, como muestra en *Amadeo I*, que buena parte de la culpa del fracasado proyecto liberal amadeísta había que buscarla en los conservadores que lo inspiraron, cuya falta de realismo político les impidió tomar las decisiones adecuadas, enfangados como estaban en la simuladora práctica política de la época isabelina, de la que procedían casi todos ellos.

Pese a todo, Galdós no puede evitar considerarse un hombre del Sexenio, un producto de la ideología y de las enseñanzas de aquel periodo fallido, como hará decir a su alter ego Vicente Halconero en *España trágica*. En este texto, Galdós parece querer justificarse, o al menos, explicarse:

De cuanto pudiera decirse de Vicente Halconero lo más fundamental es que provenía espiritualmente de la Revolución del 68. [...] Produjo ciertamente la Gloriosa medias voluntades, inteligencias en tres cuartos de madurez con incompleto conocimiento de las cosas [...] La razón de esto era que buena parte de la enjundia revolucionaria se componía de retazos de sistemas extranjeros, procedentes de saldos políticos. La fácil importación de vida empezó en tal manera a los directores de aquel movimiento, que no extrajeron del alma nacional más que los viejos módulos de sus ambiciones y envidias, olvidándose de buscar en ella la esencia democrática, y el secreto del nuevo organismo con que debían armar las piezas desconcertadas de la Nación<sup>13</sup>.

Dada esta situación y ante semejantes protagonistas, la revolución no podía ser más que un superficial cambio de nombres, con la consabida, y por otra parte escasa, alteración del personal político<sup>14</sup>. Ya en el último episodio de la serie cuarta, *La de los tristes destinos*, hace referencia al carácter insustancial de los acontecimientos con unas palabras que inciden en la citada sospecha acerca de la incapacidad de España para sobreponerse a sus limitaciones:

¿Ha visto usted, señor Conde –le dijo, la elegante revolución que hemos hecho?. Es un lindo andamiaje para revocar el edificio y darle una mano de pintura exterior. Era de color algo sucio, y ahora es de un color algo limpio, pero que se ensuciará en breves años... Luego se armará otro andamiaje..., llámelo usted República, llámelo Monarquía restaurada. Total: revoco, raspado de la vieja costra, nuevo emplaste con yeso de lo más fino, y encima pintura verde o rosa...<sup>15</sup>.

La tesis que circula sobre toda la quinta serie retoma, en buena medida, las preocupaciones del Galdós juvenil en el sentido de que el autor canario siempre consi-

<sup>13</sup> PÉREZ GALDÓS, Benito: *España trágica*, Madrid, Alianza, p. 9.

<sup>14</sup> Véase al respecto: DE LA FUENTE, Gregorio: “La revolución de 1868 y la continuidad del personal político”, en BURDIÉL, Isabel (Ed.): “La política en el reinado de Isabel II”. *Ayer*, nº 29 (1998), pp. 161-186; *La revolución de 1868: elites y poder en la España liberal*, Madrid, Marcial Pons, 2000.

<sup>15</sup> PÉREZ GALDÓS, Benito: *La de los tristes destinos*, Madrid, Alianza, pp. 268-269.

deró que el gran drama de la revolución del 68 fue el asesinato de Prim, “alma y verbo de nuestra revolución”. La muerte de Prim privó al país del hombre fuerte que podría haber puesto en marcha un gran programa de renovación liberal. Se ha llegado a señalar incluso que para Galdós el entierro de Prim refleja simbólicamente el entierro del viejo proyecto de emancipación nacional de carácter liberal por el que el autor había apostado en sus tiempos jóvenes<sup>16</sup>. 1870 se presentaría, por tanto, como un año crucial en el devenir histórico de España como un año fatídico en que quedó fracturado el programa regeneracionista nacional, programa que, desvirtuado durante el Sexenio, se disolvió en la Restauración, dejando ya poco margen a renovación del país desde unas premisas estrictamente liberales. De ahí que a la altura de 1910-1912 Galdós considere que la única opción modernizadora se halla en el republicanismo reformista.

En los últimos episodios trata de analizar Galdós los componentes de esa derrota del proyecto liberal. Sin embargo, sus conclusiones divergen en algunos aspectos de las obtenidas en sus textos periodísticos. Se observa, por una parte, un replanteamiento del papel del republicanismo en el sentido de diferenciar entre sus distintas tendencias. Galdós nunca fue simpatizante del republicanismo federal, tampoco en esta época de su vida en la que se hallaba en conexión con los grupos republicanos. Repudiaba el federalismo por cuanto tenía de elemento disgregador y frustrante para la consecución del proyecto regenerador común. Ello no fue obstáculo para que reconociera en él una ideología atractiva y valorase más positivamente la figura de Pi i Margall. Sin embargo, como escribiera en *La Primera República*, el federalismo era un proyecto demasiado avanzado para un país como España, que ni siquiera había sido capaz de otorgarse un sistema político liberal estable:

La idea federal es hermosa; es mi mayor encanto, la ilusión de mi vida en esta y en todas las tierras que visito. Pero dudo, ¡ay!, que pueda implantarla de una manera positiva y duradera en un pueblo que ayer, como quien dice, ha roto el cascarón del absolutismo<sup>17</sup>.

También realizará Galdós una nueva apreciación del papel de los progresistas al renegar de sus anteriores simpatías por Sagasta y al reelaborar el significado de Ruiz Zorrilla en el proceso político del Sexenio. En esta nueva interpretación de la historia reciente de España, Galdós va a ver a Sagasta como el político de la componenda, que tanto le recuerda a los manipuladores de la Restauración (entre los que se vuelve a encontrar Sagasta). Ruiz Zorrilla, quien antes era poco menos que el responsable de la caída de la monarquía amadeísta, es contemplado ahora como uno de los pocos hombres políticos con verdadera fuerza y carácter popular, con capacidad, como escribió en *Amadeo I*, de “mirar de frente a los intereses del pueblo”. Recordemos que el componente popular de la historia de España, las deman-

<sup>16</sup> SUÁREZ CORTINA, Manuel: *La sombra del pasado...*, p. 124.

<sup>17</sup> PÉREZ GALDÓS, Benito: *La Primera República*, Madrid, Alianza, 1998, p. 168. Acerca del análisis galdosiano de la Primera República es imprescindible la consulta del libro de JOVER ZAMORA, José María: *Realidad y mito de la Primera República. Del “Gran Miedo” meridional a la utopía de Galdós*, Madrid, Espasa Calpe, 1991.

das del pueblo (protagonista de los *Episodios nacionales*) aparecen con un empuje cada vez mayor en las preocupaciones de Galdós. Todo ello no es óbice, por supuesto, para que el autor airee las culpas del progresismo, como también hará con las del carlismo.

Las fuerzas tradicionalistas, y aquí no hay cambio, siguen siendo los elementos retardatarios e involucionistas, además de intolerantes, en la evolución histórica del Sexenio. El papel de los carlistas en todo el periodo, hasta la llegada de la Restauración, es analizado con agudeza por Galdós que se da cuenta de la existencia de dos corrientes. Una de ellas permanece anclada en el pasado, mostrándose incapaz de comprender la realidad. La otra, más posibilista, se adapta a las circunstancias cambiantes para seguir manteniendo una presencia en el escenario político y social. En *España sin rey* Galdós personifica estas dos actitudes en dos personajes que son Wifredo de Romarate y Trapinedo y la marquesa de Subijana. En ambos casos, las censuras de Galdós son más que evidentes, presentando al primero como un individuo para la burla y ridiculización y a la marquesa como prototipo de la doblez y el oportunismo de los círculos clericales y ultramontanos. Así, el capellán Vela lanzará sus críticas a la utilitaria Subijana (“Veo, señora, que acabadita de hacerse constitucional, sigue usted tan carlista como antes”<sup>18</sup>) cuando ésta muestre tanto su agradecimiento a Serrano por las ayudas recibidas como su comportamiento despótico para con su sobrina.

El resultado final de todo el proceso desemboca en la Restauración, que es objeto de toda clase de críticas y cuya política de salón condujo a Galdós al republicanismo (no sin antes pasar, por cierto, por el Congreso en las filas de Sagasta). El partido alfonsino aparece en estos últimos episodios siguiendo un camino lento pero fructífero, dirigido por Cánovas, protagonista del último libro, que es presentado por Galdós como un hombre inteligente pero falto de confianza en el pueblo y en la misma España. En el episodio mencionado en el párrafo anterior, *España sin rey*, presenta a este Cánovas tranquilo y sabedor del éxito que acompañará a su proyecto político. Un proyecto carente de ilusiones y basado en el más puro pragmatismo. Un proyecto aposentado en las clases altas y la Iglesia<sup>19</sup>. En la historia-ficción que presenta los momentos previos y posteriores a la Restauración, Galdós parece establecer un análisis más dicotómico, en el que resulta evidente hacia quién dirige sus dardos. Hay una parte que ha quedado excluida definitivamente del proyecto nacional, que es el pueblo (en sentido amplio: clases bajas y medias) y hay otra parte que se aprovecha de la situación recién creada, la aristocracia y sobre todo la Iglesia. Nuevamente se nos aparece un acontecimiento-símbolo que marca el inicio de la nueva etapa y el hundimiento definitivo del ya impracticable proyecto liberal: el golpe de Martínez Campos.

Una de las mayores censuras que realiza Galdós a la España de la Restauración radicará en el peso de la Iglesia. Aquí el Galdós anticlerical saca a relucir todos sus

<sup>18</sup> PÉREZ GALDÓS, Benito: *España sin rey*, Madrid, Alianza, 1987 (1ª reimpresión, edición 1980), p. 106.

<sup>19</sup> “La fuerza nuestra es aún muy débil. Esperemos su crecimiento, que ha de venir por ley de naturaleza... Ya tenemos en nuestras catacumbas milicia, nobleza, damas elegantes, capitalistas... Pero aún vendrán en número incalculable... Nuestras catacumbas son doradas y cómodas: se está bien en ellas... Podemos esperar...”, PÉREZ GALDÓS, Benito: *España sin rey...*, p. 124.

argumentos, que en realidad se resumen en uno: la omnipresencia de la religión y sus agentes en la vida española, unida a la estabilidad política aparente (“los hombres jactanciosos y vacíos”), ha conducido a la población a la “honda caquexia” que padece la nación. La responsabilidad de tal situación estriba, sin embargo, en el propio liberalismo que, en una mezcla de temor e impotencia, no ha sido capaz de situar los intereses del Estado por encima de la Iglesia. La Restauración, por tanto, representa la claudicación de la libertad al clericalismo:

Las debilidades del liberalismo, motivadas en un excesivo temor a la autoridad romana, las estamos pagando ahora, y henos en pleno siglo XX con el mal en aterrador aumento, la muchedumbre eclesiástica cada día más dominadora y absorbente, el carlismo amenazando con nuevas tentativas. ¡Triste situación la de España por no decidirse a poner mano varonil en ese conflicto, afrontando las amenazas del absolutismo con el firme propósito de tenerlo a raya, que medios le sobran para ello, y de enterrar definitivamente ese espantable muerto en forma tal que sea su resurrección imposible<sup>20</sup>.

Las observaciones anteriores, en definitiva, parecen llevarnos a constatar la existencia de un profundo proceso de desesperanza y pesimismo del Galdós que analiza la historia reciente de España. Desde su punto de vista, el punto de llegada resulta poco brillante, sobre todo si se le compara con el momento inicial de la revolución liberal española. El fracasado Sexenio, última oportunidad para la regeneración, ha conducido a un periodo como aquel al que dio fin: el régimen isabelino. El reinado de Alfonso XII y la regencia son etapas históricas en las que de nuevo se ha instalado en España la duplicidad de escenarios: la vida ficticia cortesana y política, y la vida real del pueblo español.

---

<sup>20</sup> PÉREZ GALDÓS, Benito: “La España de hoy”, *La Publicidad*, 11-IV-1901, reproducido en BONET, Laureano: *Benito Pérez Galdós. Ensayos de crítica literaria*, Barcelona, Península, 1990, pp. 229-230.